

Isabel la Católica y la Santidad

(Del libro «Semblanza Espiritual de Isabel la Católica», por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (†).



EXISTE una tradición literaria que se abre con el viajero alemán Munzer, se prosigue con Pablo Mártir, el P. Las Casas y Colón, y se cierra en nuestros días con Llanos Torriglia y Gómez de Mercado, que presenta a la soberana como un prodigio del cielo y un regalo de Dios a España. Paralela a esta tradición escrita corre otra artística e iconográfica que adorna las sienes de Isabel, no bien muere, con el halo de los santos glorificados por la Iglesia. No se comprende, por eso, cómo se ha dejado secar ese cauce florecido de virtudes, y no se fué hasta conseguir de Dios y de la Iglesia la patente de santidad para la primera de las reinas de España.»

«Colón y Las Casas llamábanla «santa»; el dominico Andrés de Miranda, «elegida de Dios»; Pedro Mártir, «caída del cielo»; Cartagena,

En la tierra, la primera; — en el cielo, la segunda;

y Palafox, comparándola con Santa Teresa de Jesús, escribía: «Si la santa hubiera sido reina, fuera otra católica doña Isabel; y si esta esclarecida princesa fuera religiosa, que bien lo fué en las virtudes, fuera otra Santa Teresa».

«Es cierto que nadie puede dejar de ser panegirista de esta mujer, como decía Menéndez y Pelayo, y a esa su fuerte personalidad obedece que los historiadores de todas las tendencias se hayan detenido respetuosamente ante su memoria. Pero estas actitudes científicas lograrían una inmensa supervaloración si sobre esta grandeza cayese la consagración oficial de la Iglesia. Lo cual no quiere decir que nos adelantemos a su juicio; pretendemos sólo reavivar la llama de la devoción en las almas de aquí y de América, que deben mirar también a nuestra reina como a su madre.»

«Momento definitivo, sin duda, para la compenetración y el cariño entre España y las naciones americanas el día en que la Iglesia pueda decirnos que nuestra común madre es santa y goza perdurablemente de la vista de Dios.»

«Pero apresure o no el cielo estas risueñas perspectivas, por lo menos siempre será cierto que las virtudes de doña Isabel no fueron vulgares sino hondas y poco corrientes, y siempre eficaces para servir de ejemplo e imitación en la vida cristiana de los fieles.»

«He querido que mi trabajo se funde principalmente en el testimonio de los que conocieron y trataron a Isabel la Católica, para que ellos nos digan cómo fué y

cómo la vieron durante su gobierno. No es otra la razón de que se transcriban a cada paso los ingenuos decires y «fablas» de los cronistas, que aunque sólo sea por su hermoso estilo representan una garantía y un atractivo de encanto para la lectura.»

«La vida incontaminada y justa de doña Isabel no consentía a sus vasallos dudar de su gloria bienaventurada en el cielo: «Considerada su fe, vida e religión e fin, no sería temeridad afirmar que está en el cielo; a lo menos que purgadas algunas culpas de sus pecados, pues como dice el Apóstol, no hay justo ni quien pueda decir que está sin pecado, en breve será colocada en la celestial gloria con los santos, dejando reino temporal para alcanzar gloria para siempre jamás.»

«Como sus vasallos de entonces, creemos también hoy nosotros en este premio eterno de la reina de España, alcanzado por sus eminentes virtudes. Es lo sustancial y definitivo para las almas. Pero, ¿no entrará en los planes de Dios tributar a nuestra excelsa soberana ese honor adjetivo del halo de la santidad proclamado por la Santa Iglesia? Grande esperanza de ello infunde su fe y su caridad y el proceder irreprochable de su existencia. Lo que falta a los españoles es alcanzar de Dios, por medio de la súplica, esa gloria externa para nuestra reina incomparable.»

«Yo he creído que el primer paso de esta etapa sublimadora de la soberana era dar a conocer sus virtudes, seguro de que esta noticia moverá a las almas buenas a invocarla en sus penas y necesidades. Y el cielo hará lo demás si nosotros se lo pedimos.»

«No digo que lo haya conseguido en estos renglones, pero quedo satisfecho de haber intentado el que Dios haga glorioso, por la voz de su Iglesia, el sepulcro de Isabel, en Granada.»

«Sin prevenir el juicio inapelable de la Sede Apostólica, única que posee autorización para patentes de santidad, y respetando siempre su fallo, no estará fuera de su sitio cerrar estas páginas con unas líneas de don Modesto Lafuente, el cual, perplejo de admiración ante las virtudes de doña Isabel, escribió: «No comprendo cómo no se halla el nombre de la reina Isabel de Castilla en la nómina de los escogidos, al lado de San Hermenegildo y San Fernando». Tal vez la causa resida en que estos sus reinos, a los que ella llevó tan dentro de su corazón, no han cumplido por su parte el deber de gratitud, que para España sería el más honroso y para la soberana el de su más auténtica grandeza.»

